

GLOBALIZACIÓN, VOCACIÓN Y DESTINO

JUDITH BOTTI DE GONZÁLEZ ACHAVAL

Abstract:The purpose of our intervention is to meditate on how the articulation between freedom, vocation and globalization in the new American context of the next millennium will be given. We will try to put in evidence the American philosopher's indelegable duty in order to contribute to the clarification of deep human problems, such as the genocidist catastrophes that have been carried out in Central Europe, in Africa and in other latitudes of the universe.

Sres. Organizadores del Segundo Congreso Sudamericano de Filosofía y IV Jornadas Filosóficas del Cono Sur.

Sres. Profesores de América, de España, de Alemania, alumnos en general.

En primer lugar, deseo agradecer en nombre propio y de mis colegas argentinos de la Sociedad Argentina de Filosofía, la gentil invitación que se nos hiciera a participar en tan importante encuentro.

En particular, debo un reconocimiento especial a los Sres. organizadores y a nuestra querida amiga Profesora Raquel Gazzolla de Andrade por haberme conferido la distinción de pronunciar la 1ª Conferencia; honrosa responsabilidad que comparto con nuestro apreciado amigo chileno el Prof. Renato Ochoa, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Valparaíso, (Chile), a quien corresponde el mérito de haber puesto en marcha el 1º Congreso Sudamericano de Filosofía.

En el contexto americano de este nuevo milenio y nuevo siglo, nos proponemos hoy reflexionar sobre un tema cuyo nombre parece constelar, en imagen simbólica, los aspectos positivos y negativos del siglo XXI, que ya se vislumbran: globalización, mundialización. Hemos titulado a nuestra intervención: "Globalización, Vocación y Destino".

En noviembre de 1994 en la Universidad de Cuyo, (Mendoza, Argentina), realizábamos la 1ª Jornada del Cono Sur; en 1995, el 1º Congreso del

Judith Botti de González Achaval é professora na Universidade Nacional de Córdoba, Argentina.

Cono Sur, en Córdoba (Argentina); a él siguieron otras jornadas y encuentros organizados por la SAF.

En 1998, en Setiembre, la Universidad Católica de Valparaíso (Chile), organiza el 1º Congreso de Filosofía Sudamericano fortaleciendo así un movimiento filosófico que hoy se confirma en este II Congreso Sudamericano de Filosofía y IV Jornadas de Filosofía del Cono Sur que organiza esta prestigiosa Universidad Católica de São Paulo. Todos estos encuentros y la continuidad de los mismos mueven al justo regocijo, puesto que ponen en evidencia una voluntad decidida de esta América Ibérica de marchar conjuntamente, compartiendo proyectos, reflexiones, críticas, crisis y éxitos, a fin de prepararnos para afrontar con coraje y creatividad los desafíos de esta nueva época; globalización, mundialización, regionalización, tecnorrónica, parecen ser las palabras que simbolizan el espíritu vertebrador del siglo XXI. A estas expresiones, universalmente impuestas, hay que asociarles Mercosur para América del Sur, Nafta EEUU, México, Canadá, Mercado Común Europeo, Unión Europea para Europa.

En 1995 recordamos haber manifestado gran optimismo por cuanto nuestro encuentro coincidía con signos elocuentes con el éxito que se venía alcanzando en los proyectos del Mercosur. Había excelente disposición de los gobernantes y de los pueblos pertenecientes a esta región. Disposición que, a la vez, preludiaba cierta tranquilidad en la integración político – económica de la zona, pero ya en esa ocasión insistíamos en la necesidad de cambiar el signo económico de la regionalización, proponiendo y realizando una integración más abarcadora, respetuosa de todos los aspectos que hacen a la condición humana de los pueblos involucrados en el proceso. Hoy, luego de los tropiezos que viene sufriendo el proceso del Cono Sur, de los errores y falencias cometidos por políticos y economistas, nos confirmamos en nuestra preocupación por asumir la responsabilidad que nos cabe como filósofos de esta América Ibérica. Decía nuestro poeta máximo argentino Leopoldo Lugones:

Hemos puesto nuestra honra en el comercio, olvidando que, por su propia naturaleza, el comercio puede llegar a traficar con nuestra honra. El comercio trafica con todo, porque ésta es su tendencia: como el fuego todo lo quema porque esta es la tendencia del fuego. Ni el fuego entiende de no quemar ni el comercio de no traficar. (Leopoldo Lugones, *Prometeo*)

Sin embargo, debemos destacar los logros alcanzados por América del Sur.

Aunque negros nubarrones parecían preanunciar distanciamientos entre nuestros países, ha prevalecido la necesidad de afirmar los lazos de hermandad alcanzados entre Chile y Argentina: ambos países han puesto fin a sus viejos litigios fronterizos. Asimismo, han querido soslayar actos de resurgimiento de conflictos pasados, apareciendo fortalecidos en la voluntad firme de compartir proyectos y de asumir en conjunto la defensa de intereses nacionales.

Perú, Ecuador, a su vez han superado viejos desencuentros. En razón de todo ello, de los éxitos y de los fracasos, de los desencuentros y de los nuevos lazos de verdadera integración alcanzados, consideramos necesario salir de nuestras torres de marfil y poner nuestra condición de filósofos al servicio del porvenir de nuestros pueblos, como lo hicieron en su momento grandes filósofos, desde los griegos a nuestros días.

En tal orden de cosas, enmarcamos las presentes reflexiones.

Dividiremos nuestra exposición en dos partes:

1º Análisis del estado de la cuestión, en base al testimonio de representativos estudiosos del orden económico – político de la cultura en general.

2º Reflexión filosófico – antropológico – ética sobre la problemática actual.

EL PROBLEMA DE LA GLOBALIZACIÓN

La palabra globalización implica un proceso de mundialización que abarca sobre todo el mercado, las comunicaciones, la informática; resumiendo en una expresión, todo lo que se dice en relación a la producción de riquezas. Corresponde a la visión del mundo como “una aldea global”, en lo posible uniforme, indiferenciada, respecto a los sujetos que la componen.

Como proceso de mundialización, su tendencia es englobar todo: naturaleza – hombre – cultura, poniendo como parámetros de valorización categorías económicas.

Resulta interesante señalar que este proceso surge asociado al sistema político de la Democracia, y al Capitalismo como modelo económico. La Globalización transforma al Capitalismo en un fenómeno pos-nacional. Los estados nacionales – forma moderna de organización política – pierden, en consecuencia, la mayor parte de sus instrumentos nacionales de poder.

En 1º lugar, los perdieron los Estados Unidos de Norteamérica que paradójicamente es el tutor del proceso. La reserva federal de EEUU no contro-

la el valor del dólar; los que deciden son los mercados financieros internacionales que ningún Banco Central, o grupo de Bancos Centrales controlan.

Este es un dato muy importante para quienes consideran que EEUU es el responsable único del fenómeno de Globalización.

Conviene recordar que la estructura del poder mundial no se presenta hoy como una pirámide, sino como una red. Un tejido cuya urdimbre aparece cada vez más horizontal y densamente tramada. Los EEUU ciertamente están en el centro, en niveles de productividad, pero con las otras naciones, se encuentran integrados a la Asamblea Global. En suma, el mundo se muestra como un espacio en proceso de unificación y el eje de dicho sistema son los EEUU.

Habiendo desaparecido Rusia, se desdibujan los problemas políticos y el espíritu vertebrador de las cuestiones políticas, en esta última década del siglo, es sobre todo económico.

Estamos en una fase del proceso donde parece invertirse el proceso, se observa la autonomía de lo económico respecto a lo político y pareciera subordinarse lo político a lo económico.

Es importante destacar, al respecto, que los problemas del proceso de mundialización no se discuten en las Naciones Unidas, foro de la política mundial, sino en la Organización Mundial del Comercio. Allí se debaten las reglas de la Globalización luego de ser acordadas por el núcleo exclusivo de la O. C. D. E. (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) en París; por supuesto que, en ambos casos, a impulso de los EEUU. El otro polo de la Globalización está en China, cuyo crecimiento apenas comienza, pero que prelude para el 2020 ser la potencia que reemplazaría a EEUU.

Algunos de estos datos los hemos tomado de *Contribución de la Cultura Americana Actual* cuyo autor es Jorge Castro, analista internacional y director adjunto del Diario *El Cronista* – en Diario *La Nación* – 18 de Mayo de 1997. Castro es optimista respecto al proceso de Globalización, a pesar de aclarar que no se puede ser ni optimista ni pesimista, porque ambos términos resultan ajenos a la política; sin embargo dice. “hay que hacer un serio esfuerzo de orden sistemático que bordee a la ceguera para ser pesimista”. Sin embargo, no todos son optimistas. En una obra recientemente aparecida: *La Ilusión Económica. El Estancamiento de las Sociedades Desarrolladas*, Emmanuel Todd hace referencia a signos alarmantes en el orden económico de los países del primer mundo, por todos conocidos, pero que remiten a conflictos más profundos de las sociedades desarrolladas: declive del sistema educativo norteamericano, shock

malthusiano provocado por la exigua cantidad de personas que llegan a la edad adulta en Europa; emergencia de una estratificación cultural discriminatoria, la desaparición de creencias colectivas, entre ellas, la de nación, concluyendo que todos estos signos están indicando, más que una crisis económica, una crisis de civilización.

El sentimiento de impotencia que paraliza los gobiernos de EEUU, Japón, Alemania, Francia, España, según Todd, no será superado a menos que renazca la idea de nación. Resulta también oportuno consultar la nueva obra de Brzezinski – *El Gran Tablero Mundial – La Supremacía Estadounidense y sus imperativos estratégicos*, donde el autor de aquel importante libro *La Era Tecnocrónica* advierte que Eurasia es el “gran tablero” en el que los EEUU deberán ratificar y defender su supremacía en los próximos años, enfrentándose a la tarea de liderar los conflictos y las relaciones en Europa, Asia y Oriente Medio.

De una forma u otra, el mundo tiene que reconocer que los EEUU de Norteamérica no lo pueden todo; pero sin ellos, por el momento, no se puede nada.

Por otro lado, aunque Europa haya adquirido capacidad económica o monetaria con el euro, y aparezca en razón de ello como una gran potencia comercial, tecnológica, militar, para algunos críticos no existe la voluntad de avanzar hacia una real independencia o autonomía con respecto a EEUU, y no la hay porque, en general, no se estima negativo este predominio norteamericano. Entre ellos, Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, en su edición francesa, advierte que la concepción de “la soberanía tradicional”, es una concepción criticada por los propios dirigentes europeos, como arcaica; asimismo niega que se reprojete la antigua concepción de la “soberanía nacional” a una especie de “soberanía regional”. A su vez Carlos Garbetta, responsable de la versión española para nuestro continente, destaca que los regionalismos españoles han desarrollado formas nacionalistas integradas en la vida política, de tal manera que permite desarrollar “una concepción de estado español jugada sobre una coordenada más federal” (“La Prensa en la hora de la Globalización” – *La Voz del Interior* – jueves 22 de Julio de 1999).

Como venimos advirtiendo, el proceso de la Globalización se presenta como un caudaloso río que a su paso va produciendo la ruptura de gran parte de los tradicionales lazos institucionales, políticos, culturales. Algunos se sienten fascinados por el sesgo nuevo de un proceso que, se viene gestando a través de la historia y nos obliga a repensarlo todo; otros se muestran aterrorizados ante las consecuencias, para ellos catastróficas,

que traerá aparejado su desarrollo; otros, en cambio, procuran no dejarse llevar por las actitudes extremas y se preguntan qué hacer frente a este desafío radical que presenta la historia.

Es importante consultar el enjundioso estudio del gran pensador Alberto Wagner de Reyna titulado *Iberoamérica ante la incertidumbre global*.

Para Carlos Floria, profundo analista y autor de la obra *Pasiones Nacionalistas* “la mundialización necesita un alma”. La Unión Europea ocurre en una Europa implícita que va en busca de su identidad, en un mundo a su vez acosado por incertidumbres y fracturas: nacionalismos viejos y nuevos, politización de las religiones, impresionantes conflictos étnicos. El autor advierte que la fortaleza política de la UE depende de la políticas exteriores que deben converger hacia objetivos comunes. Es labor no sólo de economistas sino también de juristas la de resolver los graves problemas de Europa Occidental, sin soslayar la dramática situación que representa Europa Central.

El debate está abierto, afirma Floria, pero toda Europa, aun la que se opone a la unión, “enfrenta tensiones en el intento de conciliar integración y diferenciación, extensión y profundización”.

Parafraseando a nuestro gran poeta argentino anteriormente citado, Leopoldo Lugones, podríamos decir: “Urge espiritualizar la integración” y urge reorientar un proceso que se presenta como irreversible, pero que resulta conflictivo en la medida en que no supere sus problemas raigales.

“Capital humano”, “material humano”, “recursos humanos”, son expresiones que con toda naturalidad se piensan en referencia a lo más sublime que existe: la persona humana. Esta es la consecuencia de considerar los principios económicos como fundamento de todos los órdenes del quehacer del hombre. La economía y la técnica dominan el panorama de este momento finisecular de la Historia.

Parece haberse olvidado la máxima kantiana “El hombre nunca debe ser tomado como medio sino como fin”. “El hombre actual humaniza la técnica y a su vez ésta tecnifica al hombre”, decía al respecto Alberto Wagner de Reyna.

El significativo progreso implicado en el proceso de globalización no justifica la reducción del hombre a la categoría de objeto útil o desechable.

La uniformidad impuesta en nombre de la globalización puede representar una nueva tiranía más sutil y eficaz, en su cometido, que la que se ejerce a través del poder político.

La discriminación que surge como consecuencia de la productividad es inadmisibles, por cuanto posterga y margina a pueblos enteros condenándolos a la pobreza y a la degradación.

América del Sur, como América Central y pueblos de otras latitudes, se debaten en busca de su identidad y no están dispuestos a renunciar a este derecho. Los pueblos de Europa Central, por sentirse manipulados y no poder formarse una personalidad, se enfrentan entre ellos en confusos episodios denunciados como genocidios, limpieza de sangre, guerras por concepciones religiosas, etc. según lo denunció el filósofo húngaro Dezsô Csejtei en su Conferencia: "Europa Central en búsqueda de la identidad perdida" – disertación dada en Córdoba, Argentina, a comienzos del año 1999.

Alain Touraine, en un valioso artículo titulado *Minorías, pluriculturalismo e integración* publicado en el Diario *La Nación*, 16 de Julio de 1995, advierte que: "la integración sólo tiene sentido si está totalmente asociada al reconocimiento del otro, no en su diferencia sino en su igualdad conmigo mismo". Estima que no se deberá hablar globalmente de integración, sino por separado; de NACIONALIZACIÓN (entrada en la nacionalidad), aplicable para los inmigrantes que padecen la discriminación social y expresiones de xenofobia, en ocasiones organizadas políticamente; ASIMILACIÓN, entendiéndolo por tal el ingreso a una cultura determinada, e INTEGRACIÓN como entrada en una sociedad y una economía.

Aclara Touraine que no puede haber integración sin el reconocimiento de una cierta diversidad cultural y el límite de esta valoración la encuentra en el reconocimiento del otro como un ser humano tan libre y respetable como yo mismo.

Con expresiones más que elocuentes el pensador francés advierte sobre la necesidad de reconocer en cada individuo, en cada sociedad y en cada cultura, análogo esfuerzo para combinar la particularidad de una cultura con la universalidad de las técnicas y de la razón, combinación que sólo será factible si cada uno reconoce al otro por su capacidad y su voluntad de inventar su propia combinación.

En suma, Alain Touraine postula como camino eficaz para una armónica integración la asociación creativa de la razón científica y técnica con la memoria de una cultura y una sociedad. En general, esta fórmula puede ser aceptable para todos.

Para el hombre llamado pos-moderno no habría inconvenientes en aceptar la sabia fórmula que postula Touraine por cuanto este tipo de hombre se interesa por la ciencia y la técnica en cuanto producen bienes

materiales que hacen más placentera la vida, y eximen de compromisos con verdades absolutas y metarrelatos que se niegan a aceptar.

Tampoco se encontrará resistencia en algunos hombres y pueblos que defienden los valores y principios propios de su nación.

PERSPECTIVA FILOSÓFICA DEL PROBLEMA DE LA GLOBALIZACIÓN – VISIÓN ANTROPOLÓGICO – ÉTICA

Unidad, libertad, vocación son tres ideas básicas que pretendemos destacar como puntos de referencia obligados, en orden a reorientar el proceso de globalización.

Para que haya verdadera integración no deberíamos perder de vista que es preciso encauzarla hacia donde la naturaleza del problema indica, hacia la universalidad. Uni-versus, versus-unun, la expresión orienta lo múltiple, hacia lo uno que será unidad, por cuanto incluye en su seno la multiplicidad. Será entonces unidad en la diversidad.

Hemos visto que el peligro de la globalización es imponer la homogeneidad que puede dar fuerza y solidez al movimiento en algunos momentos; pero en otros mostrará su debilidad. Donde hay diversidad se mantiene la heterogeneidad de configuración y hay movimiento: acción y reacción entre los elementos que constituyen la unidad. En este caso podrían ser las naciones – estados con sus personalidades propias, en su cultura, su tradición, su escala de valores. Roma pudo imperar, constituir un imperio porque sabiamente respetó la diversidad. Donde hay acción hay movimiento y donde hay movimiento hay vida. Hay impulso vital, hay dinamismo; se da entonces la plenitud pujante que se opone a la vida paralizada, esclerosada, análoga a la que J. Paul Sartre adjudica al ser-en-sí incompatible con la libertad, condición de posibilidad ésta de toda vida creativa, de toda vida humana.

“Universalización” parece ser el camino del nuevo milenio; ésta se vislumbra como la ruta del progreso, recordando que tradición y progreso no son incompatibles, por el contrario, se coimplican; “el progreso brota de la tradición que es su manadero”, decía Don Miguel de Unamuno.

Por otra parte, también la unidad debe imperar en la vida particular de cada hombre. La falta de unidad en la vida personal nos lleva a ser seres centrípetos, dispersos, nos dejamos llevar como los molinos, por el último viento, viniere de donde viniere. No hay unidad en la vida personal, cuando falta un principio unitario que opere como espíritu vertebrador en torno al cual, se ordenen los proyectos particulares. La verdadera unidad

se consigue desde adentro hacia afuera. Un hombre como un pueblo que no alcanza a configurar su vida, no posee autoestima y en consecuencia no puede comprometerse con los demás, esto suele ser una de las causas, quizá la más importante, de la falta de solidaridad y de los lamentables efectos que ésta produce en orden a la formación de la comunidad.

Esto sucede por cuanto pueblos y hombres, que no alcanzan a organizar sus vidas, no llegan a alcanzar una personalidad distintiva.

Sin embargo, la falta de personalidad suele sustituirse por una paranoica preocupación individualista; por un egoísmo exacerbado; por un afán incontenible de poder y protagonismo, sucedáneos éstos del señorío que se logra con un auténtico ejercicio de la libertad, en cuya fragua se forja la personalidad.

Un hombre, como un pueblo, que no se propone fin alguno en su vida no puede ser libre, y como no puede serlo, no puede, en consecuencia ser solidario. Parecería que esto implica instalarse en el estadio estético que tan genialmente describiera Sören Kierkegaard. La clave está en el para qué. Toda la dramática historia del espíritu humano ha sido y es darle a la historia un para qué, una finalidad. En el fondo de toda agitación revolucionaria y contra revolucionaria late el eterno anhelo de la conciencia popular por darse cuenta de sí, por saber cuál es su razón de ser y más que su razón su valor de ser, su finalidad y por ello la vida ha sido considerada como misión. Misión que se cumple en respuesta a la vocación, al llamado. Llamado que interpela a cada hombre, como a cada pueblo, en razón de que todo ser humano es un ser libre y responsable de su propia existencia.

Pero, en el proceso actual de la globalización, parece esfumarse esta verdad irrefutable: el hombre es un ser libre. Como libre, debe asumir la responsabilidad de realizar con carácter original – el origen está en él – y creativo, su propia vida. La libertad tiene ya determinado un para qué ineludible: para ser cada hombre como cada pueblo, un sí mismo: Libertad para ser yo, yo mismo.

Píndaro dijo: “Sé el que eres”. Libertad para ser argentino, chileno, brasilero, etc. en primer lugar y, en consecuencia, para ser americano y así avanzando en profundización, paso a paso, para ser, en suma, un ser humano que comparte en universalidad su condición humana con todos los hombres del mundo.

Como seres libres podemos gozar del placer de crearnos a nosotros mismos, de crear un pueblo nuevo y en suma una Humanidad nueva. Parafraseando a Don Miguel de Unamuno podríamos decir: “Si dejamos una obra en que se exalte, se engrandezca la conciencia, en nuestro caso

de americanos, de iberoamericanos, y con ella de humanidad universal, de universalidad humana ¿para qué más?”.

El hombre es un ser paradójico y en él operan dos fuerzas opuestas pero complementarias, a la vez: una centrípeta y otra centrífuga. Una que le lleva a ensimismarse a fin de poseerse, serse, tomar en suma conciencia de sí y otra a abrirse en diálogo fecundo y enriquecedor con los otros hombres y con Dios. También esto acontece en el desarrollo de los pueblos. Abortar uno de estos movimientos implica amputar la condición humana. El hombre, como ser libre es el que decide sobre su propia vida. La vida le ha sido dada inacabada. “Enkrátēia” es la expresión que, desde Sócrates, los griegos utilizaron para hacer referencia a la libertad ontológica, a la libertad que nosotros llamamos fundante, la libertad interior, la que permite el dominio de sí mismo.

El hombre, como los pueblos que fundan las libertades, políticas, económicas sociales, culturales, en la libertad ontológica, adquieren señorío y van alcanzando una sólida personalidad.

El hombre libre es señor, es moderado y firme en su comportamiento y dispone que el espíritu sea la parte más noble, más vigorosa tanto en el plano personal como en el de la comunidad. En el ámbito de la auténtica libertad reina el orden, la armonía, el equilibrio, la relación de las partes con el todo.

Para defender la personalidad alcanzada con sacrificios, privaciones pero con clara conciencia de la libertad, los hombres como los pueblos, deben sentir amor y respeto por la vocación específica que les toca asumir.

La libertad como condición esencial del hombre remite, a su vez, a la del ser vocacional. El hombre como los pueblos están expuestos a la caída, a la inautenticidad; pero de esta situación le salva el permanecer fiel al llamado que le advoca a ser uno mismo, un ser auténtico. Cabe recordar que el hombre no es que “tenga vocación” sino que su ser “consiste en ser llamado a ser” y a ser de determinada manera, de tal suerte que su ser pende, depende de ser llamado. La vida del hombre y de los pueblos es un gerundio y no un participio, es un *faciendum* y no un *factum*.

Martin Heidegger, Ortega y Gasset, Unamuno, Zubiri y tantos otros filósofos hablan de este ingrediente extraño y misterioso del hombre: su condición de ser libre y a la vez vocacional.

Por un lado es libre: no tiene que ser por fuerza nada, como pasa al astro, y sin embargo, ante su libertad se alza siempre algo con un carácter

de necesidad, como diciéndonos: “poder puedes ser lo que quieras, pero solo si quieres ser de tal determinado modo serás el que tienes que ser.

José Ortega y Gasset en *En torno a Galileo*.

Cada hombre, como cada pueblo, debe recordar como antídoto a todo proceso que ponga en peligro su dignidad alienándolo, enajenándolo que ...

Ser héroe, consiste en ser uno mismo...

cuando el héroe quiere, no son los antepasados en él o los usos del presente quienes quieren sino él mismo. Y este querer ser él mismo es la heroicidad.

José Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote*

Quizás nos esté haciendo falta una gran dosis de heroicidad para reorientar el actual proceso de mundialización... Y quizás conviene recordar que: Cuanto más de su propio tiempo y de su propio pueblo un hombre es, más universal resultará ser.